

DEVOLVER AL REMITENTE

ERRANTE (seudónimo)

Querida.

Le falta la fecha a esta carta. Y la firma y el sobre y el remitente y el franqueo. Porque podría haber sido escrita cualquier día desde tu partida; porque sabes de sobra quién es el perdido que te escribe y porque, seguramente, no habrá cartero que te la entregue, devolviéndola al buzón de mi desdicha. Cuando pusiste tierra de por medio, te olvidaste señalar el punto cardinal hacia donde tenía que llorar. Me dijiste: «si me quieres déjame en paz»; y eso hago... quererte a tu manera y no te busco... aunque te añoro.

Perdí la cabeza por ti nada más verte, como hubiera hecho cualquiera en su sano juicio. Vivimos días enteros nutriéndonos de epidermis y bebiendo pasión; y a pesar de haber recorrido cada uno de tus centímetros, estuve tan ciego que nunca supe dónde estaba impresa la fecha de caducidad de tu amor eterno. Después, sospechamos que el amor debía reposar y macerarse en las especias de la paciencia y el compromiso. Nos lo contamos todo y, como no quedaba de nosotros geografía que explorar ni historia que referir, convenimos sin proponérselo en seguir relatando las mismas cosas en distinto orden, ampliando los detalles y amplificando las emociones. De nada sirvió.

He sufrido lo indecible por amor, porque más que un consorte, me convertí en tu esclavo, sin importar qué parte del alma me tocada vender cada día para cumplir tus deseos. Cuando esa mañana volviste a casa, olías a pasión restaurada, iluminados tus ojos con un fuego que no era el del hogar. Al momento, te fuiste. «Ya verás cómo, pasado el tiempo, mi despedida dejará de dolerte, o de importarte», dijiste; pero soy un “fui” que se resiste a serlo aunque hayan pasado las quinientas noches de Sabina. ¡Qué equivocada estabas cuando decías que era un hombre débil y sin carácter! porque soy implacable en melancolía, firme en la añoranza, tenaz en el sufrimiento y fuerte en el desencanto.

Cierto que quise poner remedio y me escribí un cuento para vivir, en que una princesa sustituta e interina me probaba un zapato de cristal que estaba de non. Hice lo imposible por calzármelo, pero no he vuelto a andar como antes.

Los pies en los bolsillos y los zapatos vacíos, partida la cabeza y perdido el corazón. Todo está en su sitio desde que te fuiste. Menos yo, que estoy descolocado.

Siempre tuyo.